

# EXPRESAR EN PALABRAS EL PENSAMIENTO ANIMAL: DEBILITANDO LAS OBJECIONES FILOSÓFICAS<sup>1</sup>

## *THE LINGUISTIC EXPRESSION OF ANIMAL THINKING: ANSWERING PHILOSOPHICAL OBJECTIONS*

Andrés Crelier

DOI: 10.26754/ojs\_arif/a.rif.202013484

### RESUMEN

El artículo defiende la tesis de que es posible en principio formular en palabras el contenido conceptual de algunos animales carentes de lenguaje. En primer lugar, se propone una interpretación de la investigación en etología cognitiva en el sentido de un progreso que supone, en algunos casos, la posibilidad de formular en palabras los pensamientos de los animales. En segundo lugar, se intentan debilitar dos objeciones filosóficas, la de que los pensamientos animales tendrían un contenido extraño e inconmensurable, y la de que serían de naturaleza no conceptual. En tercer lugar —en lo que puede considerarse el aporte principal de este artículo—, se utiliza la distinción entre expresar y describir el pensamiento (Dennett) para proponer un modo en el que formular en palabras el pensamiento de los animales sin lenguaje.

**PALABRAS CLAVE:** Pensamiento animal, Etología Cognitiva, Conceptos, Lenguaje natural

### ABSTRACT

The article puts forward the thesis that it is possible in principle to express the content of animal thinking by means of a natural language. Firstly, I propose an interpretation of the research in the current cognitive ethology as making scientific progress, and

---

<sup>1</sup> La versión inicial de este trabajo ha sido elaborada con la ayuda de una beca posdoctoral de CONICET (Argentina) para realizar una estada de investigación en el *Philosophischen Seminar, Universität Basel*, en el año 2015. Agradezco el diálogo continuo con el Prof. Markus Wild y a su grupo de investigación, que me ha ayudado a desarrollar este trabajo. Asimismo, agradezco a los dos evaluadores anónimos de *Análisis. Revista de investigación filosófica*, pues me han ayudado a revisar y mejorar la versión mandada inicialmente.

I argue that this progress presupposes a possible linguistic expression of the animal thoughts (i); secondly, I try to weaken certain objections to the main thesis of the article, regarding the impossibility of grasping non-conceptual and no-familiar contents (ii); thirdly, I use the distinction between expressing and describing a thought (Dennett) to show how the linguistic expression of animal thoughts can be carried out (iii).

**KEYWORDS:** Animal Thinking, Cognitive Ethology, Concepts, Natural Language

## INTRODUCCIÓN

Las recientes investigaciones en el ámbito de la cognición animal asumen que algunos animales carentes de lenguaje poseen capacidades cognitivas sofisticadas y que sabemos cada vez más sobre esas capacidades (Andrews y Beck 2018). Pero existen reparos filosóficos frente a la idea de que podamos captar en palabras el contenido preciso de los pensamientos involucrados en estas capacidades (Beck 2012). Como se pregunta Dennett: “¿Qué pensamiento o pensamientos está pensando el perro? ¿Cómo podemos expresar exactamente —en español, digamos— el pensamiento que el perro está pensando? Si no puede hacerse (y de hecho no puede hacerse), entonces o bien los perros no pueden pensar en absoluto, o bien los pensamientos de los perros han de ser sistemáticamente inexpressables y en tal medida desconocidos para nosotros.” (Dennett 1996: 42).<sup>2</sup> Si estos reparos resultan lícitos, la tesis de que sabemos cada vez más sobre cognición animal es puesta seriamente en tela de juicio. En contra de esto, mi propósito en este trabajo es argumentar que es posible expresar en palabras los pensamientos conceptuales de determinados animales carentes de lenguaje, de modo que la tensión entre el conocimiento etológico sobre cognición animal y las objeciones filosóficas como las mencionadas puede atenuarse de manera considerable.<sup>3</sup>

Me explayaré un poco más sobre esta oposición de perspectivas a partir de un ejemplo concreto proveniente de la línea de investigación sobre memoria episódica en animales no humanos (de ahora en más “animales”), iniciada en los años 70 del pasado siglo. Esta investigación se suele incluir dentro de la capacidad más amplia de viajar mentalmente en el pasado y también en el futuro (“mental time travel”), y se ha enfocado primero en humanos y luego en animales. Los trabajos

<sup>2</sup> Las traducciones del inglés en este trabajo me pertenecen.

<sup>3</sup> Teniendo en cuenta el acertado comentario de un evaluador anónimo de este trabajo, debo aclarar que no estoy utilizando todavía la distinción dennettiana, introducida más abajo, entre “expresar” y “describir” (cf. III.2 en adelante).

que exponen los resultados de las investigaciones en animales están formulados en un vocabulario técnico, orientado en la conducta animal y suplementado por técnicas estadísticas para interpretar los experimentos.<sup>4</sup> Los interrogantes principales sobre memoria episódica conciernen a si los animales resultan capaces de recordar cuándo y dónde ha sucedido un determinado suceso, especialmente relacionado con una acción realizada por ellos mismos. Esto implica reconocer que los animales investigados son capaces de tener una relación intencional con entidades y sucesos de su entorno. Más aún, los contenidos cognitivos atribuidos a los animales no involucran siempre sucesos o elementos que perciben de manera directa o inmediata. Así, se les atribuye típicamente la capacidad de recordar aspectos de un evento pasado, el de guardar un alimento que ya no está perceptivamente presente desde hace una cierta cantidad de tiempo; y con respecto a la capacidad de orientarse hacia el futuro, se les atribuye la capacidad de guardar alimento en vistas a una búsqueda futura, o de emplear herramientas en el contexto de una planificación de acciones.

Me interesa prestar atención al lenguaje utilizado en esta clase de artículos científicos, donde se lee por ejemplo lo siguiente: “Los arrendajos experimentaban por separado las consecuencias de poseer información en cada compartimiento y luego, una vez que se les daba a elegir, lanzaban más miradas y pasaban más tiempo mirando en el compartimiento donde la información era necesaria que en el compartimiento donde era innecesaria. Así, los arrendajos pueden reunir información para resolver un problema futuro. Más aún, pueden diferenciar fuentes de información de acuerdo a su valor potencial y modificar la conducta para reunir de manera eficiente información importante y útil. Esta es la primera evidencia de meta-cognición en una especie que supera los criterios conductuales tanto del viaje mental retrospectivo como prospectivo.” (Watanabe / Grodzinski y Clayton 2014: 859). Según esto, las aves investigadas evalúan la información (actitud meta-cognitiva), en relación con una meta (planificación intencional) y orientan entonces su conducta (acción intencional).<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> La relación de la memoria episódica con el viaje mental en el tiempo ha sido sin embargo puesta en cuestión. Eacott y Easton piensan por ejemplo que la idea de viaje mental en el tiempo ha demostrado poca utilidad en este contexto y proponen una alternativa conceptual que podría ofrecer mejores resultados (Eacott y Easton 2012). La discusión prosigue (cf. Hoerl y McCormack 2018), pero me interesa caracterizar los rasgos nucleares de este programa de investigación.

<sup>5</sup> El artículo proviene de una revista científica (*Animal Cognition*), donde se hallan usualmente dos clases de expresiones para describir la conducta animal. Por un lado, el marco de los

Este programa de investigación no sólo está elaborado en un vocabulario mentalista, sino que muestra una suerte de progreso en el conocimiento, al menos en el sentido de que nos ha permitido saber más sobre la memoria episódica de determinadas especies animales. En contraste con esto, puede ponerse en duda que exista aquí un auténtico progreso. Volviendo a Dennett, no estaríamos en condiciones de captar en palabras el contenido exacto de los pensamientos animales, de modo que difícilmente se pueda afirmar que estos programas nos permiten conocer más sobre su contenido. Las razones usualmente aludidas son que se trata de contenidos extraños para nosotros, que no están vehiculizados por conceptos —o por conceptos como los nuestros—, o que nuestras lenguas naturales no son capaces de darles expresión.

En su artículo “Why we can’t say what animals think” Beck (2012) propone una contraposición similar, que intentaré distinguir de la que presento en este trabajo. Beck opone dos premisas que se encuentran en conflicto: “Realismo: los animales tienen representaciones cognitivas causalmente eficaces con contenidos determinados” e “Indeterminación: somos actualmente incapaces de ofrecer caracterizaciones lingüísticas precisas de los contenidos de las representaciones cognitivas de los animales” (Beck 2012: 521). Luego de una detenida discusión, Beck concluye que la razón más probable de esta incapacidad reside en el formato del pensamiento animal. No podemos formular en palabras los pensamientos animales porque éstos poseen, según esta hipótesis, un formato no lingüístico y no conceptual.

Mi contraposición entre la reciente investigación etológica en cognición animal y ciertas posiciones filosóficas tomará una forma algo diferente. De modo similar a Beck, pienso que la etología cognitiva nos permite conocer cada vez más sobre las capacidades mentales de muchas especies, y también pienso que la filosofía ha presentado en ocasiones reparos legítimos a que podamos formular en palabras de manera precisa el pensamiento involucrado en esas capacidades. Pero a diferencia de Beck, considero que la discusión debería empezar analizando más

---

experimentos se presenta en un lenguaje mentalista (en la Introducción, Resumen y Conclusiones), por el otro, el procedimiento se introduce con precauciones metodológicas que tienen un tono “conductista” (en la Metodología, Procedimiento, Análisis estadístico). Como ejemplo de esto último, el análisis del video en el artículo mencionado caracteriza una “mirada” de la siguiente manera: “Una ‘mirada’ requería que el ave estuviera inclinada hacia el agujero y que la posición de su ojo estuviera en un nivel más elevado que el del agujero” (Watanabe / Grodzinski y Clayton 2014: 863; la traducción me pertenece). En todo caso, debe resaltarse que las hipótesis de los experimentos se formulan en un vocabulario mentalista.

profundamente estas dos premisas. A mi modo de ver, la primera de ellas resulta defendible, aunque hace falta interpretar mínimamente qué significa conocer más sobre la cognición animal; y la segunda de ellas debería ser matizada, pues pienso que no existen obstáculos de principio para formular en palabras el pensamiento de al menos algunas especies no humanas.

Según esto, empezaré con una interpretación de la investigación en etología cognitiva y me aproximaré luego al terreno de los problemas filosóficos. Desarrollaré mi posición en tres secciones: (1) ofreceré una interpretación de qué significa que la investigación en cognición animal progrese como disciplina; (2) abordaré dos objeciones filosóficas referidas a la cognición animal, referidas a su carácter extraño y no conceptual; (3) argumentaré finalmente en el sentido de que resulta en principio posible formular en palabras el pensamiento animal.

## I. ¿QUÉ SIGNIFICA SABER MÁS EN COGNICIÓN ANIMAL?

En esta sección argumentaré que saber más sobre cognición animal está relacionado con una posible especificación lingüística de los pensamientos animales. Si bien existe consenso acerca de que diferentes programas en el ámbito de la cognición animal ofrecen cada vez más conocimiento científico, hace falta a mi modo de ver caracterizar esta suerte de progreso en el conocimiento. Intentaré entonces, en el primer apartado, ofrecer algunas indicaciones en esa dirección, tomando en consideración la investigación ya presentada sobre memoria en animales. En el segundo apartado, sostendré que la investigación sobre facultades cognitivas supone la posibilidad de atribuir pensamientos particulares, aunque no lo haga de manera explícita.

### I.1. El “progreso” de la investigación etológica

A mi modo de ver, los reparos filosóficos acerca de la posibilidad de formular lingüísticamente el pensamiento animal deberían tomar en cuenta el hecho de que las recientes investigaciones sobre capacidades cognitivas en animales nos permiten saber más sobre cognición animal, lo cual puede ser entendido como un progreso en ese terreno. Así, la línea de investigación sobre memoria episódica, que he introducido más arriba, posee una dinámica investigativa que se manifiesta al menos en los siguientes aspectos (cf. las reseñas de Cheke y Clayton 2010, Templer y Hampton 2013, Suddendorf 2013, Scarf, Smith y Stuart 2014, Logan 2014).

(a) Elaboración del marco conceptual. Al inicio de este programa, se propuso una distinción en humanos entre memoria episódica (de eventos pasados específicos) y memoria semántica (de hechos que forman parte del mundo)

(Tulvin 1972). Un criterio relevante para identificar la presencia de la primera de ellas era la capacidad de re-experimentación “autonoética” o autobiográfica. Pero pronto resultó claro no podemos aplicar este criterio a los animales no humanos, puesto que no se corresponde con ninguna metodología aceptable. En efecto, no tenemos un acceso a su eventual memoria autobiográfica en términos fenomenológicos, y ellos no poseen la capacidad de ofrecernos informes introspectivos sobre la misma. Como consecuencia, la presencia de memoria episódica que puede inferirse a partir de la interpretación de la conducta animal fue denominada “cuasi-episódica” (“episodic-like”), lo cual implica una elaboración del marco de la investigación en animales. Además del cambio y refinamiento de los conceptos centrales y criterios que permiten interpretar la evidencia empírica, se advierte aquí la relevancia metodológica de esos conceptos y criterios en cuanto al diseño de los experimentos, como intento hacer explícito en el siguiente punto.

(b) Diseño e interpretación de los experimentos. Por un lado, los conceptos que conforman el marco de la investigación resultan como vimos relevantes para el diseño experimental. En tanto se admita que no es posible investigar la fenomenología del “viaje mental en el tiempo” en animales, los experimentos deberán ser diseñados de otra manera. De este modo, si bien los animales no pueden formular en palabras el contenido de aquello que recuerdan, sí pueden mostrar indicios de ello a través de su conducta. Por otro lado, un mismo marco conceptual permite elaborar distintas interpretaciones de la evidencia empírica. Los experimentos requieren típicamente controles para descartar hipótesis de diversa clase, en este caso para descartar la presencia de mecanismos cognitivos distintos de la memoria episódica y que podrían tener manifestaciones similares a ella en la conducta, como los ritmos circadianos, la familiaridad con distintas pistas del entorno, etc. Esto restringe las interpretaciones de la evidencia empírica y, en el mejor de los casos, permite defender alguna de ellas como la más adecuada.

(c) Consenso sobre la interpretación de la evidencia empírica. La reiteración de los experimentos ha conducido a un creciente consenso acerca de algunos aspectos centrales de la investigación, como que algunas especies poseen una memoria “cuasi episódica” (aunque la terminología que denota esta capacidad haya variado). Desde el conocido experimento de Clayton y Dickinson (1998), en el cual la conducta de los arrendajos (*aphelocoma californica*) mostró que estas aves son capaces de recordar cuándo y dónde han escondido el alimento para su posterior recuperación, se realizaron incontables experimentos con esas y otras especies, que corroboraron la presencia de esta capacidad (independientemente de que su interpretación teórica siga siendo objeto de discusión (cf. Hoerl y McCormack 2018)).

(d) Especificación y ampliación del ámbito de la investigación. Se produjo inicialmente un corte metodológico entre animales humanos y no humanos, y luego de los inicios con la investigación en arrendajos se amplió prontamente el ámbito de las especies no humanas investigadas, que pasaron a incluir otras especies de aves, primates y recolectores como las ratas. En correspondencia con esto, se llevaron a cabo nuevos estudios comparativos y se propusieron teorías para dar cuenta de las similitudes y diferencias entre las especies (cf. Suddendorf 2013).

## **I.2. Capacidades cognitivas o contenidos mentales**

En el apartado anterior ofrecí una caracterización mínima de los programas etológicos de investigación a partir de un ejemplo concreto. A mi modo de ver, esta dinámica ofrece indicios claros de progreso científico, que puede apreciarse en diversas líneas de trabajo en la etología reciente. Aún así, debe admitirse que saber más sobre cognición animal *no implica* haber resuelto el problema filosófico que me ocupa en este trabajo, a saber, cómo formular el pensamiento animal que es objeto de este conocimiento.

Ante todo, este progreso no significa que tengamos una lista de proposiciones o de oraciones que expresen con exactitud el contenido de los pensamientos animales (“El arrendajo piensa que *x*”). Ningún trabajo científico sobre memoria episódica tiene como objetivo principal captar en oraciones el contenido del pensamiento animal, aunque muchos sostengan que los arrendajos o las ratas poseen la capacidad comprobable de recordar episodios particulares. Es pertinente recordar que tampoco en el terreno de la psicología humana se ofrece una lista de oraciones que expresan el contenido del pensamiento humano. Más bien sucede que, tanto en la psicología como en la etología cognitiva, hallamos expresiones lingüísticas que refieren a capacidades cognitivas, en un marco investigativo que hace uso de técnicas estadísticas y términos técnicos de diversa clase.

Pienso que esta analogía es defendible, pero no quita la relevancia de la siguiente “des-analogía” propuesta por Beck. Mientras que a menudo realizamos atribuciones de pensamientos a humanos en las que caracterizamos con precisión determinados contenidos mentales, no existen tales “mejores casos” (*best cases*) en animales (Beck 2013: 525-526). Por ejemplo, si tú y yo miramos juntos caer la nieve por la ventana, puedo estar bastante seguro de que uno de tus pensamientos es: “nieva” (526). Atribuciones semejantes resultan mucho más indeterminadas en animales. La razón es que solamente resulta legítimo atribuir pensamientos o creencias que se encuentran integrados en una red de creencias que también podemos atribuir al sujeto en cuestión.

Si esto fuera así, entonces el hecho de saber —y *a fortiori* de saber cada vez más— sobre la mente animal y la humana tendría en cada caso un sentido diferente. Pero a mi modo de ver esto no es así. Por el lado humano, toda atribución de pensamientos posee un grado inevitable de imprecisión (como se acepta al menos desde Wittgenstein). Y por el lado animal, resulta de hecho posible en muchos casos atribuir redes de creencias en base a buenas razones de orden empírico, lo cual en ocasiones permite atribuir pensamientos que poseen un grado aceptable de precisión. Teniendo en cuenta ambas cosas, lo que resulta es a lo sumo una diferencia en el grado de precisión de las atribuciones que realizamos a animales humanos y no humanos, al menos a algunas especies.

Sea como fuere, esto indica que existe una conexión entre el progreso en el conocimiento de las capacidades cognitivas y la especificación lingüística de los pensamientos. Con respecto a una serie de capacidades cognitivas como las referidas, debe asumirse que suponen la posibilidad de atribuir pensamientos ligados con ellas. Cuando una persona posee la facultad de pensar sobre nubes y colores, debemos atribuirle la capacidad de pensar que “la nube es blanca” o una oración similar.

¿Qué sucede en el caso de los animales? Creo que puede sostenerse aquí la analogía entre la psicología humana y la cognición animal. Ciertamente, es lícito afirmar que no disponemos de formulaciones que expresen con una precisión *definitiva* el pensamiento animal. Pero también es cierto que pueden hallarse expresiones lingüísticas lo suficientemente adecuadas, como sucede a menudo en la investigación etológica. Si se atribuye a un ave la capacidad de recordar cuándo y dónde ha escondido gusanos para su posterior recuperación, existen buenas razones para afirmar: “El ave recuerda dónde ha enterrado los gusanos”. De este modo, podemos concluir que existe, en casos como este, una relación entre determinadas capacidades cognitivas y una *posible* especificación de los pensamientos, lo cual se enfrenta, como veremos a continuación, a una serie de objeciones. Sostendré en la sección siguiente que estas objeciones se pueden responder, de modo que se puede pensar un modo adecuado para formular en palabras el contenido de los pensamientos animales, tal como lo intento en la última sección.

## II. OBJECIONES FILOSÓFICAS: PENSAMIENTOS EXTRAÑOS DE NATURALEZA NO CONCEPTUAL

En este apartado me ocuparé de dos objeciones filosóficas frente a la posibilidad de expresar en palabras el contenido exacto del pensamiento animal: la primera es de naturaleza hermenéutica, y afirma que los pensamientos de

los animales resultan extraños y en tal medida no son conmensurables con los nuestros; la segunda sostiene que los contenidos mentales de los animales no son conceptuales, y que en tal medida no los podemos captar con nuestros lenguajes naturales. Intentaré debilitar ambos reparos, fiel a mi posición acerca de que resulta posible especificar, de manera aceptable, el contenido de los pensamientos animales.

## II.1. Formular en palabras pensamientos extraños

El escepticismo filosófico sobre la posibilidad de atribuir pensamientos a animales sin lenguaje ha sido formulado, de manera clásica, por Donald Davidson en consideraciones como la siguiente:

Identificamos pensamientos, los distinguimos unos de otros, los describimos por lo que son, solamente en tanto pueden ser ubicados dentro de una densa red de creencias relacionadas entre sí. Si realmente podemos adscribir inteligiblemente creencias singulares a un perro, debemos ser capaces de imaginar cómo decidiríamos si el perro posee muchas otras creencias de la clase necesaria para darle sentido a la primera. Me parece que no importa dónde empecemos, llegaremos muy pronto a creencias tales que no tenemos la menor idea de cómo decir si un perro las tiene, pero que sin ellas nuestra primera atribución luce insegura. (Davidson 1982: 320-321)

Según estas consideraciones, el significado de una creencia —o de un concepto expresado o involucrado en ella— proviene de su relación con otras creencias igualmente atribuibles. El caso es que usualmente atribuimos a los animales creencias o conceptos que sólo pueden tener sentido —o significado— en el contexto de nuestra propia red conceptual. Davidson piensa que si intentamos justificar tales atribuciones fracasamos pronto, pues no tenemos la más mínima noción de cómo representarnos una red conceptual animal (cf. también Stich 1979 y 1983: 104-105, Glock 2003).

Sin embargo, ¿es realmente cierto que nunca tenemos buenas razones para atribuir conceptos que forman parte de una red de creencias en parte extrañas para nosotros? Así, “agua” es un concepto usualmente ligado con “lluvia”, excepto para quienes viven en el desierto, lo cual no nos impide atribuirles con buenas razones la posesión del concepto de agua.<sup>6</sup> Más aún, puede afirmarse que resulta importante para que la comunicación sea relevante e informativa que

---

<sup>6</sup> Tomé este ejemplo de Peacocke, quien lo usa sin embargo en otro contexto (Peacocke 1992: 3).

seamos capaces de confrontarnos con redes conceptuales al menos parcialmente distintas a la nuestras.

Contra esta conclusión inicial puede señalarse que mis ilustraciones atañen a diferencias conceptuales relativamente menores. El concepto de “agua” que tiene un habitante nómada del desierto no se halla después de todo muy lejos del mío propio. Ambos somos capaces de reconocer un conjunto mínimo de propiedades fenoménicas del agua, para ambos es un líquido bebible, almacenable en recipientes, etc. Asimismo, existen situaciones comunicativas en las que podemos tener certeza de que el enunciado “Esto es agua” posee el mismo significado para ambos. En definitiva, los dos pertenecemos a la cultura humana en un sentido amplio. Y siguiendo con este argumento, mientras que es una cuestión de tiempo llegar a entenderse con los miembros de una cultura humana diferente de la nuestra, alejada en el espacio y en el tiempo, entender pensamientos de animales resulta en principio imposible. En este último caso, no podemos siquiera representarnos qué contenido podría tener su red conceptual, ni siquiera de manera provisional e hipotética, al menos según está objeción.

Ahora bien, creo que lo dicho en el párrafo anterior sugiere una noción discutible de la diferencia entre hombre y animal. Ciertamente, la cuestión hermenéutica acerca del grado de diferencia conceptual o extrañeza que existe entre dos pensamientos no es fácil de tratar y no puede hacer abstracción de la propia perspectiva. Pero no puede pasarse por alto que esta clase de distancia aparece por doquier: entre culturas que son contemporáneas entre sí, entre distancias temporales diacrónicas, entre lenguas diferentes o incluso dentro de un mismo lenguaje. De este modo, es posible que las diferencias relevantes, es decir aquellas que vuelven incomprendible o intraducible un pensamiento, no tengan que ver con el hecho de que los pensamientos estén o no lingüísticamente articulados. Es posible que las diferencias entre los pensamientos humanos y los de otras especies no sean o hayan sido tan grandes. Así, los pensamientos de nuestros antepasados homínidos que fabricaban herramientas y no poseían todavía la capacidad lingüística no estaban, presumiblemente, muy alejados de los pensamientos de otros primates pertenecientes a otras líneas evolutivas; y es de suponer que cuando adquirieron finalmente el lenguaje, siguieron compartiendo algunas clases de pensamientos que antes compartían.

Continuando con esta dialéctica de objeciones y contraejemplos, podemos volver a Beck, quien argumenta como sigue en contra de lo recién expresado (Beck 2012: 533-535). A diferencia de lo que ocurre cuando intentamos aprehender pensamientos animales, los contenidos extraños humanos y lingüísticos resultan

siempre comprensibles y determinables con precisión, aunque en ocasiones esto requiera un proceso de aprendizaje. Tomando como ejemplo la noción aristotélica de “eudaimonía” y la noción física de “sistema inercial”, Beck afirma: “El erudito que ha dedicado su vida a estudiar la *Ética nicomaquea* no se halla en la misma posición que el estudiante de primer año que se enfrena por primera vez con el término “eudaimonía”. El erudito es capaz de comprender el término y usarlo en sus explicaciones de la teoría ética de Aristóteles. De manera similar, el estudiante de física no precisa pasarse una eternidad preguntándose qué significa la expresión “marco inercial”. Mediante un estudio cuidadoso, puede aprender su significado y desplegarlo para hacer afirmaciones sensatas sobre el mundo físico” (Beck 2013: 534). Beck concluye que en estos ejemplos el científico o el estudiante está en condiciones de realizar un progreso hacia la comprensión precisa de contenidos extraños, en contraste con lo que ocurre en el ámbito de la investigación sobre cognición animal. En este último terreno, existirían dificultades insuperables para aprehender contenidos que pertenecen, presumiblemente, a otro sistema representacional.

Ahora bien, si Beck quiere decir que el científico o el estudiante pueden llegar a comprender mejor un concepto a lo largo de un tiempo suficiente de estudio, tiene por cierto razón. Sin embargo, ¿podrían entonces ofrecernos una expresión lingüísticamente precisa del concepto de “eudaimonía” o de “sistema inercial” (suponiendo que hablen nuestra misma lengua)? Sigue pareciendo difícil, pues cualquier expresión o definición aclaratoria que ofrezcan distorsionará inevitablemente el significado original. Dicho con mayor precisión, el estudio nos coloca en mejores condiciones de expresar en palabras el significado de “eudaimonía” o “sistema inercial”, pero no como expresiones acotadas que tienen un sentido determinado inmediato, sino mediante un acceso dificultoso que involucra complejas explicaciones y requieren años de formación en el tema. Pero esta es precisamente la situación en la que se encuentra el investigador de la conducta animal, a pesar de lo que Beck argumenta.<sup>7</sup>

En este punto podemos ofrecer el siguiente bosquejo de la situación dialéctica. Si se asume una perspectiva pesimista, se puede insistir en que si ya representa un problema interpretar y traducir pensamientos de una cultura diferente de la nuestra, el caso es aún peor cuando se trata de pensamientos no humanos. Pero si

---

<sup>7</sup> En la vida cotidiana atribuimos pensamientos a los animales, ante todo a los domésticos, de manera espontánea y aparentemente precisa, y a menudo nuestras atribuciones poseen un certero poder predictivo sobre la conducta futura. Sin embargo, estas atribuciones son las que debemos poner a prueba mediante un conocimiento más profundo de la cognición animal.

se asume una mirada más optimista, se puede afirmar que no existe ningún límite de principio para comprender, traducir y formular en palabras pensamientos ajenos o extraños, aunque esto lleve tiempo y sólo se logre mediante explicaciones complejas. En tal sentido, tampoco existirían límites claros entre los pensamientos humanos y los animales. La tarea de comprender, expresar y traducir pensamientos que no son los nuestros consiste *siempre* en el intento por aprehenderlos dentro de nuestra propia red conceptual y con los propios medios lingüísticos. Si podemos reconstruir, justificándonos en parte en evidencias empíricas, una red animal de conceptos y creencias, no existen razones para sucumbir por completo a una mirada escéptica o pesimista respecto de esta tarea.

Hasta el momento, he hecho abstracción del carácter conceptual o no conceptual de los pensamientos a expresar. Esto involucra la cuestión adicional acerca del “formato” del pensamiento animal, que según autores como Beck es de naturaleza no conceptual. Así, si los pensamientos animales fuesen exclusivamente no conceptuales —como entiende Beck a la “core cognition” (cf. Carey 2009)—, resultarían sumamente “escurridizos”, es decir, sería muy difícil aprehenderlos en palabras. Podemos conceder esta última dificultad, evitando por cuestiones de espacio la discusión sobre la posibilidad de captar en palabras el pensamiento no conceptual. Pero podemos a la vez argumentar, como haré en el siguiente apartado, que en algunos casos los pensamientos animales tienen un carácter conceptual y que resultan, en tal medida, lingüísticamente expresables.

## II.2. Atribuir pensamiento de naturaleza conceptual<sup>8</sup>

Un marco adecuado para especificar la idea de que los pensamientos animales son de naturaleza conceptual, es el de que los animales poseen una mente y que se

---

<sup>8</sup> La noción de “pensamiento conceptual” tiene una larga tradición en filosofía, como ha señalado con acierto uno de los evaluadores anónimos de este trabajo. Así, podemos referirnos a la noción de pensamiento conceptual propia de la filosofía platónica y su búsqueda de definiciones precisas, o detenernos en la discusión escolástica, donde los conceptos se distinguen del lenguaje, o también podemos tomar en cuenta la noción de concepto, en oposición a intuición, que resulta central para el idealismo alemán desde Kant. En este trabajo, me centraré en la filosofía contemporánea en su vertiente analítica, para la cual el pensamiento conceptual tiende a identificarse con aquellos elementos mínimos del pensamiento o las creencias en general. Para algunos se trata de representaciones mentales y para otros de habilidades, aunque en ambos casos se caracterizan por una generalidad que les permite aplicarse a particulares, al modo en que en la lógica moderna un predicado se aplica a un objeto. Un buen repaso por los problemas y posiciones implicados en esta corriente puede encontrarse Margolis y Laurence 1999.

representan el mundo como siendo de algún modo particular. En este contexto, resulta útil proponer un bosquejo de los requisitos mínimos que ha de tener una teoría sobre pensamiento conceptual en animales sin lenguaje. Creo que se pueden enumerar los siguientes: (a) debe orientarse en la conducta animal y en las capacidades cognitivas manifestadas en la conducta; (b) debe tomar en cuenta la investigación etológica sobre cognición animal; (c) debe incluir una teoría sobre la *atribución* de los conceptos, dado que en todos los casos realizamos interpretaciones de la conducta animal; (d) debe incluir alguna suerte de gradualismo que haga lugar a la variedad de la cognición animal.

Aceptando estos requisitos mínimos, propongo avanzar un poco más en cuanto a un esbozo de cómo debería ser una teoría sobre la atribución de pensamiento conceptual a animales. Se trata de los criterios negativos y positivos que deberían regular esta atribución (sigo aquí algunas sugerencias iniciales de Newen y Bertels 2007).

*Criterios negativos.* La conducta animal ofrece indicios de competencia conceptual cuando las siguientes capacidades, tomadas por separado y también en conjunto, no alcanzan para explicar la conducta: (a) discriminar estímulos; (b) generalizar estímulos; (c) identificar (eventos, objetos o propiedades).

(a) Puede sostenerse que los siguientes sentidos de “discriminar” se explican mediante capacidades no conceptuales: (1) la mera reacción frente a la presencia de un elemento físico o químico, presente tanto en seres vivos como en sustancias inorgánicas; (2) la capacidad relativamente más activa de reaccionar de manera sistemática a X, en contraste con la falta de reacción frente a no-X; se trata ya para algunos autores de una clase de “conducta” que involucra al organismo como una totalidad (Burge habla aquí de “agencia primitiva”, que se encuentra en un terreno intermedio entre la mera reacción y la conducta auténtica (Burge 2010: 326 ss.)).

(b) La discriminación realizada por un organismo vivo puede consistir en generalizar determinada clase de estímulos, es decir en reaccionar del mismo modo ante una *variedad* de estímulos pertenecientes a una *misma* clase. La reacción de muchos animales puede contarse como un ejercicio de esta capacidad más compleja y flexible que la anterior. Mientras que la conducta de las hormigas puede explicarse en general dentro del modelo de estímulo y reacción más sencillo, la interpretación de la conducta de las palomas requiere, en ocasiones, recurrir a la noción de generalización de estímulos. En efecto, estos animales son capaces de reconocer árboles representados por imágenes diferentes (cf. Allen y Hauser 1989: 225 ss.). Los estímulos perceptivos son presumiblemente procesados por las palomas como *iguales*, lo cual se manifiesta en la conducta, también perteneciente

a una misma clase, tal como es observada por el investigador que diseña el experimento.<sup>9</sup>

(c) La integración de información proveniente de distintos órganos sensoriales y la generalización de estímulos hace posible el desarrollo de la capacidad de identificación. En tanto no se trata aún de la habilidad para clasificar conceptualmente, puede explicarse dentro de un modelo asociacionista. Como ejemplo, Newen y Bartels mencionan al perro *Rico*, que era capaz de asociar al menos doscientas señales acústicas (“nombres”) con objetos diferentes, pero que no comprendía ningún nombre para clases, al menos en la interpretación de estos autores (Newen y Bartels: 288).

Ahora bien, a menudo se ha argumentado que las interpretaciones asociacionistas resultan insuficientes para explicar determinados tipos de conducta de una manera económica, completa y general (Wild 2010: 73 ss.). Como hemos visto, los arrendajos esconden y recuperan distintos tipos de alimento según sus preferencias alimenticias y el estado de los mismos. Esta clase de conducta resulta demasiado compleja para ser explicada exclusivamente en base a patrones de asociaciones (Clayton y Dickinson 1998, Clayton, Emery y Dickinson 2006).

¿Qué sucede entonces cuando una conducta no puede explicarse ni como discriminación, ni como generalización de estímulos ni, finalmente, como resultado de procesos de asociación de estímulos diversos? A mi modo de ver, los siguientes criterios *positivos* permiten otra clase de explicación. Se trata de criterios un tanto simplificados que representan a mi modo de ver condiciones mínimas para la atribución de pensamiento de naturaleza conceptual.

(a) La capacidad de pensar o de representarse, de manera estable a lo largo del tiempo, un objeto y sus propiedades (cf. Newen y Bartels: 295 ss.). En muchas especies se advierte la capacidad de identificar un mismo objeto (agente o evento) bajo diferentes propiedades, y alternativamente la misma propiedad en objetos (agentes o eventos) distintos. Esto se corresponde con una idea fundamental de la filosofía de la mente: poseer una mente intencional significa poder asumir una perspectiva particular (equivalente a la captación de una propiedad) sobre un contenido (es decir un objeto, agente o evento) (Crane 2001). La investigación

---

<sup>9</sup> Como es sabido, Quine ofrece una interpretación filosófica de esta clase de estímulos (2013 (1960): 29): “We may begin by defining the affirmative stimulus meaning of a sentence such as ‘Gavagai’, for a given speaker, as the class of all the stimulations (hence evolving ocular irradiation patterns between properly timed blindfoldings) that would prompt his assent.” (Quine 2013 (1960): 29).

con arrendajos parece indicar la presencia de esta capacidad: un gusano (mismo objeto) puede ser representado como “putrefacto” o como en “buen estado” (diferentes propiedades, que representan diferentes modos de pensar el mismo objeto); alternativamente, diferentes insectos (objetos) pueden ser pensados como “putrefactos” (misma propiedad).

(b) El desarrollo de la capacidad recién descrita está ligado con la habilidad de tener pensamientos (o representaciones mentales)<sup>10</sup> independientes de los estímulos sensoriales más inmediatos. La habilidad de (re) identificar y distinguir propiedades presupone la capacidad de establecer una separación entre ellas y los objetos que están siendo pensados. Esto indica entonces la capacidad de representarse, de manera estable a lo largo del tiempo, objetos y propiedades independientemente de los estímulos presentes, y de combinar estos pensamientos entre sí. Con otros términos, cuando estos pensamientos o representaciones no están claramente ligados con estímulos inmediatos, se encuentran disponibles para ser combinados. Esta distancia del pensamiento respecto de los estímulos sensoriales puede ilustrarse mediante el ejemplo de los arrendajos, quienes guían su conducta según las propiedades relevantes del alimento (fresco o putrefacto según el tiempo transcurrido). De este modo, puede afirmarse que estas aves tienen pensamientos que no son el resultado inmediato o directo de los estímulos ni de clases de asociaciones rígidamente establecidas (cf. Clayton, Emery y Dickinson 2006).

(c) Para que los pensamientos o representaciones puedan guiar la conducta del animal de manera flexible y efectiva, el animal debe tener sensibilidad para los casos en los que los pensamientos no concuerden con los objetos (agentes o eventos) y sus propiedades. Como argumentan Knoll y Rey, a diferencia de la mera reacción frente a un estímulo, algunas criaturas como las abejas (y no las hormigas) poseen la capacidad de corregir un “error distal” (Knoll y Rey 2018). Siguiendo con nuestro ejemplo de los arrendajos, puede advertirse una sensibilidad al error en los casos en los que corrigen su conducta en base a experiencias pasadas (Allen 1999).<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> La ciencia cognitiva y la psicología utilizan comúnmente la noción de “representación mental”, que en filosofía suele cuestionarse especialmente por su cercanía respecto a una noción cartesiana de la mente. De todos modos, incluso los filósofos anti-representacionistas admiten que resulta aceptable usar alguna noción de “representación” cuyo significado se acerque al de “pensamiento” (Glock 2010). En este trabajo me mantendré neutral sobre esta polémica, intentando no introducir presupuestos cartesianos.

<sup>11</sup> Resulta controvertido el tema de si esta sensibilidad al error involucra capacidades meta-cognitivas, como la posesión del concepto de falsa creencia o incluso de creencia. A mi modo

(d) La capacidad de tener pensamientos separados de los estímulos más inmediatos conduce de manera natural a la capacidad de formar una red con aquellos pensamientos o creencias que surgen o se mantienen (disposicionalmente) desligados del entorno. Para Newen y Bertels (2007: 296), esto se relaciona con la habilidad para clasificar conceptos de objeto y propiedad dentro de conceptos de rango más alto o general. Así, es posible que los arrendajos clasifiquen “gusano” y “nuez” como “comida” (aunque esto debe justificarse recurriendo a observaciones de su conducta).<sup>12</sup>

El esbozo desarrollado en esta sección permite entender de qué hablamos cuando nos referimos a pensamiento conceptual en animales sin lenguaje. Y en tanto algunas especies posean pensamiento de naturaleza conceptual, podremos al parecer expresarlo en palabras, algo que, como veremos enseguida, se enfrenta a otra serie de objeciones filosóficas.

### III. LA EXPRESIÓN LINGÜÍSTICA DEL PENSAMIENTO ANIMAL

El punto de partida de mi argumentación consistía en sostener que existe un progreso en el conocimiento en el ámbito de la etología cognitiva, que intenté caracterizar en la primera sección. Sostuve asimismo que si se acepta la existencia de este progreso, debe aceptarse que el conocimiento de las capacidades cognitivas de algunos animales estudiados se relaciona, cuando tenemos evidencia de que este pensamiento es conceptual, con la posible atribución de pensamiento. En tal sentido, en la segunda sección, argumenté que el pensamiento animal puede entenderse como pensamiento conceptual, y ofrecí un esbozo de lo ello significa.

---

de ver, Newen y Bartel tienen razón en que existe evidencia empírica acerca de que puede haber capacidades conceptuales sin capacidades cognitivas de segundo orden, como el caso de los autistas que dominan una lengua natural sin tener la capacidad de atribuir falsas creencias (Newen y Bartels: 289).

<sup>12</sup> He tomado como sugerencia inicial la teoría propuesta por Newen y Bartels, quienes proponen distinguir, en un sentido gradualista, distintos tipos de representaciones cognitivas (2007: 298-299). Además de los tipos más arriba indicados, estos autores consideran que existen representaciones conceptuales “proposicionales”, que no tomaré en cuenta en mi trabajo. Estas suponen la combinación de al menos dos representaciones y una clara distancia respecto de los estímulos. En contraste con estos autores, Burge considera que todas las representaciones conceptuales poseen ya una naturaleza “proposicional” (Burge 2010). El tránsito de las representaciones no proposicionales a las proposicionales es un tema complejo que excede los límites de este trabajo.

Si los animales tienen la capacidad de pensamiento conceptual, resultará más aceptable la idea de su expresión lingüística. Con ello se ha debilitado en cierta medida la tensión entre el hecho de que sabemos más sobre la cognición de los animales, y la tesis de que no resulta posible expresar el contenido del pensamiento animal. Pero resta la tarea de elaborar esta alternativa conciliadora, intentado mostrar cómo funciona la atribución de pensamiento y qué marco filosófico se le puede dar.

### **III.1. Formular en palabras la referencia y la perspectiva del pensamiento animal**

A partir de la propuesta de Newen y Bartels, tomé la idea de que un criterio central para inferir la presencia de pensamiento conceptual es la capacidad de representarse objetos y propiedades de manera estable (que, debemos recordar, se infiere a su vez de la conducta observable). Esto puede desglosarse en dos sub-capacidades: el animal tiene que ser capaz de representarse un mismo objeto bajo propiedades diferentes, y ser capaz de pensar en una misma propiedad como aplicable a objetos distintos. Mi propuesta es ilustrar esta capacidad con dos ejemplos provenientes de la investigación etológica.

Los experimentos ya clásicos de Clayton y Dickinson fueron llevados adelante en el marco de una interpretación mentalista de los arrendajos (Clayton y Dickinson 1998). Se sostenía que los arrendajos eran capaces de recordar cuándo guardaron determinado alimento para su posterior recuperación. Esta asunción fue testeada mediante hipótesis mentalistas conexas, como la de que los arrendajos muestran una clara preferencia por los gusanos cuando pueden recuperarlos en buen estado de conservación. Esto implica reconocer que las aves estudiadas se representan o piensan en un objeto (gusanos o maníes) bajo determinadas propiedades o perspectivas (en buen estado de conservación o putrefactos).

Como vimos más arriba, los investigadores utilizan expresiones mentalistas en sus estudios (por ejemplo: “aprendieron que los gusanos se degradan y se vuelven con el tiempo desagradables al gusto (...) deberían mostrar una preferencia por sitios donde los gusanos habían sido recientemente escondidos” (Clayton, N. y A. Dickinson 1998: 272-273). Sin embargo, no intentan expresar en palabras los contenidos precisos de los estados mentales particulares de las aves. Aún así, puede afirmarse que las capacidades atribuidas suponen la capacidad de tener pensamientos simples aunque precisos del tipo: “los gusanos están putrefactos”. En esta misma orientación, Bermúdez cree que la investigación es capaz de atribuir pensamientos a los animales con precisión y en una lengua natural. La idea es que

los investigadores pueden elegir entre diferentes alternativas que expresan pensamientos de los animales en un contexto lo suficientemente controlado como para descartar y confirmar hipótesis. Esto les permite llegar finalmente a una formulación adecuada de los pensamientos animales.

Bermúdez ilustra esto con un ejemplo que toma en cuenta experimentos realizados con ratas que deben orientarse en un laberinto en forma de cruz para hallar el alimento deseado. A partir de la evidencia presentada por una serie de experimentos de esta clase, Bermúdez plantea que existen en principio cuatro modos en que las ratas pueden pensar en la ubicación del alimento, lo cual se debe reflejar en la conducta de dirigirse hacia él observada en cada caso (Bermúdez 2003: 98 ss.). Tenemos pues un objeto intencional, el alimento, y cuatro modos posibles de pensar en él, es decir sus propiedades. Esto permite formular cuatro expresiones lingüísticas diferentes que expresan el pensamiento de las ratas sobre el lugar donde se halla el alimento en el laberinto:

- (a) El alimento se encuentra al final de la serie  $B_1 \dots B_n$  de movimientos corporales.
- (b) El alimento se encuentra en las coordenadas  $(x, y)$  en un espacio egocéntrico.
- (c) El alimento se encuentra en las coordenadas  $(x, y)$  en el espacio del laberinto.
- (d) El alimento se encuentra en las coordenadas  $(x, y)$  en el espacio del entorno del laberinto.

Una vez que las ratas han sido entrenadas y familiarizadas con su tarea de llegar hasta el lugar donde se encuentra el alimento en el laberinto en forma de cruz, se puede poner a prueba cuál de las cuatro maneras de pensar es la más adecuada, es decir, la que se corresponde con la conducta efectiva de las ratas (o, dicho con mayor precisión, cuál es el modo de pensar que se infiere de la conducta).

Veamos cómo, según Bermúdez, se pueden poner a prueba estas cuatro alternativas. Para testear la primera, se puede poner a la rata cada vez en un punto de partida diferente de los cuatro posibles, dejando al alimento en el lugar de siempre. Si la rata piensa en el sitio donde se halla el alimento como el final de una serie de movimientos corporales, siempre realizará los mismos movimientos a los que se encuentra habituada, lo cual la llevará a un sitio distinto al que se encuentra efectivamente el alimento. Por el contrario, si llega de todos modos a su destino, entonces podemos descartar la primera alternativa. Como señala Bermúdez, la evidencia muestra esto último, lo cual se puede corroborar además con experimentos adicionales o alternativos. Por razones similares, también podemos descartar la segunda opción, según la cual se representa el alimento en un espacio egocéntrico.

Quedan en pie dos modos en que la rata puede representarse el alimento: en el espacio del laberinto o en el espacio del entorno donde está ubicado el laberinto. Con la ayuda de variantes del experimento consistentes en manipular el punto de partida de la rata y la ubicación del laberinto en su entorno, puede descartarse una de las dos, y de hecho resulta que la formulación (c) es la más adecuada: así, puede afirmarse que el alimento se halla para las ratas en las coordenadas (x, y) en el espacio del laberinto.

Bermúdez piensa que este método sirve para determinar con precisión el contenido del pensamiento animal (obviamente en determinados aspectos y en situaciones muy específicas), aunque esta conclusión puede parecer apresurada (cf. Beck 2013: 531-533), puesto que la formulación específica utilizada en español (o en otra lengua natural) para expresar las hipótesis correspondientes no puede atribuirse sin más a ratas carentes de lenguaje. Pero de todos modos puede extraerse de aquí una conclusión importante: la conducta observable de un animal sin lenguaje otorga en principio evidencia suficiente para realizar formulaciones lingüísticas sobre el pensamiento del animal, que pueden constatadas de manera provisional o descartadas en favor de formulaciones alternativas.

De hecho, esto es lo que realizan los etólogos cuando proponen hipótesis interpretativas de la conducta en términos de habilidades cognitivas. Si bien no intentan expresar o describir en palabras los pensamientos ligados con estas habilidades, se trata de interpretaciones claramente mentalistas, y pretenden captar tanto la referencia del pensamiento intencional de los animales como el modo en que esta referencia es apprehendida:

(1) Los experimentos proponen interpretaciones acerca de la referencia de las habilidades mentales de los animales, es decir acerca de su objeto intencional. Así, los arrendajos se representan “maníes” o “gusanos” y las ratas codifican un determinado sitio en un laberinto. De hecho, los experimentos no podrían tener lugar sin esas hipótesis básicas, que abren de este modo el campo de investigación de otras hipótesis más específicas. Cuando se sigue de cerca alguna de estas líneas de investigación en etología cognitiva, se aprecia que algunas hipótesis centrales no han sido nunca puestas en tela de juicio. Así, en la breve tradición sobre memoria episódica en animales no humanos, la hipótesis de que las aves guardan una relación intencional con determinados alimentos no es tema de discusión; se asume sin problemas que los arrendajos guardan y buscan maníes, prefieren y esconden gusanos, etc.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> En las discusiones etológicas no surge aquí la controversia acerca de cómo dividen el mundo los animales no humanos. Ciertamente, no resulta en principio relevante en el contexto de una

(2) Las hipótesis mentalistas sobre el pensamiento animal que estoy tomando en consideración deben asumir la tesis, central para la filosofía de la mente, de que no puede haber objeto intencional sin aspecto o perspectiva sobre él. Y de hecho los investigadores proponen modos en que la referencia es captada por los animales estudiados: los gusanos son considerados “frescos” o “putrefactos” por los arrendajos, el sitio donde se halla el alimento es considerado como resultado de determinados movimientos del cuerpo o como ubicado en el espacio del laberinto por las ratas, etc. La perspectiva en la que los animales piensan el referente es en algunas ocasiones objeto de testeo empírico (como en el caso de las ratas, donde se prueba el modo de representarse una ubicación en el espacio), y conforma en otras el marco de la investigación (como sucede en el caso de los arrendajos, donde se prueba la capacidad mnemotécnica asumiendo que estas criaturas ven a los gusanos como frescos o putrefactos).

Para formular en palabras ambos elementos estructurales de los estados mentales animales (la referencia y la perspectiva) los investigadores se valen de recursos técnicos —como métodos estadísticos, gráficos, etc.— y conocimiento empírico sobre los respectivos animales y su entorno, y hacen también uso de un lenguaje natural para articular las elaboraciones científicas. Esto último representa un problema que la filosofía ha sabido destacar, pues junto con su lenguaje natural, los científicos “proyectan” también su propia perspectiva y red conceptual.

Desde cierto punto de vista, esto último no debería representar un problema significativo, puesto que una red conceptual puede ser adecuada para captar y comprender pensamientos ajenos. Pero, desde otro punto de vista, las distinciones conceptuales que las lenguas naturales traen consigo pueden representar un escollo a la hora de captar un contenido mental que, como el de los animales sin lenguaje, es para nosotros extraño y, según podemos suponer, de grano más grueso.

Existen propuestas filosóficas para resolver esta dificultad, como la de Dennett:

The idea that a dog's “thought” might be inexpressible (in human language) for the simple reason that expression in a human language *cuts too fine* is often ignored,

---

investigación concreta preguntarse si los arrendajos se refieren a los gusanos como objetos, como acontecimientos o eventos, o como conjuntos de partes de gusanos. Se puede justamente insistir en que su conducta será la misma, independientemente del modo en que conceptualicen sus “objetos”. Pero resulta interesante que existen ámbitos de las ciencias cognitivas donde los supuestos ontológicos sí resultan de importancia para la investigación. Así, la concepción ontológica que tienen tanto los animales como los niños pequeños de las cantidades es objeto de debate y experimentación (cf. Carey 2009).

along with its corollary: the idea that we may nevertheless exhaustively describe what we can't express, leaving no mysterious residue at all. The dog has to have its particular ways of discriminating things, and these ways get composed into quite particular and idiosyncratic "concepts." If we can figure out how these ways work, and describe how they work together, then we will know as much about the content of the dog's thoughts as we ever learn about the content of another human being's thoughts through conversation, even if we can't find a sentence (in English or in any other human language) that *expresses* that content. (Dennett 1996: 42-43).

Este autor distingue como vemos entre "expresar" y "describir" el pensamiento animal. Lo primero alude al intento por captar o formular en palabras el pensamiento animal de manera precisa, tal cual es y sin restos. Pero los pensamientos animales se escapan a nuestros intentos, en tanto nuestra lengua natural vehiculiza conceptos que inevitablemente resultarán más precisos y específicos que los pensamientos que podamos inferir de su conducta (pensemos en las indefinidas maneras de expresar en palabras el modo en que pensamos un objeto como "hueso").

Por el contrario, *describir* el pensamiento animal significa intentar captarlo mediante una serie de perspectivas que nuestro lenguaje proporciona y que pueden incluir todo nuestro conocimiento sobre la cognición y la conducta del animal correspondiente. Esto permite aprehender los pensamientos de manera precisa, tal como para Dennett hacemos en una conversación con otra persona y, podemos agregar según vimos en la sección anterior, el estudioso que quiere comprender la noción griega de "eudaimonía". En la siguiente sección elaboraré con más detalle esta distinción.

### III.2. *Expresar pensamientos (atribución directa)*

Retomando el ejemplo que propone Beck, cuando miramos juntos por una ventana cómo cae la nieve, puedo estar seguro de que uno de tus pensamientos actuales es "nieva" (Beck 2013: 526). Podríamos hacer lugar aquí a las dudas de tinte escéptico que, provenientes de Quine, impregnan todo intento de traducción, interpretación o atribución de pensamientos a otros, incluso cuando atribuimos pensamientos a humanos plenamente capaces de hablar un lenguaje. Pero Beck cree que, más allá de esas dudas, podemos aceptar que existen "mejores casos" (*best cases*) como el del ejemplo, en los que tenemos certeza suficiente acerca de la corrección de nuestras atribuciones.

Al margen de la existencia de mejores casos y de su eventual presencia en animales sin lenguaje, una manera alternativa de tratar con el problema de la

indeterminación de los pensamientos atribuidos es diferenciar entre el resultado de una atribución, que siempre puede tildarse de indeterminado, y la pretensión de atribución. Se puede entonces pasar a considerar cómo es esta pretensión misma. Esto permite evitar las críticas quineanas (que permiten poner siempre en duda la precisión de una atribución), y centrarse en nuestras prácticas lingüísticas, que se juzgan a menudo según la pretensión de que nuestras atribuciones hayan tenido la finalidad de una captación exacta del pensamiento ajeno o no.

En la terminología que quisiera proponer, una atribución es “directa” si conlleva la pretensión de aplicar los mismos conceptos que utilizamos para expresar en palabras la atribución. Así, en un “mejor caso” como el de más arriba, la atribución de “nieva” contiene conceptos que (según se pretende) forman parte tanto de la proposición usada para realizar la atribución, como (según se pretende) de lo pensado efectivamente por la otra persona. Así, la pretensión tiene un carácter apodíctico (que obviamente puede verse cuestionado).

En tal sentido, la oración “X cree que p” muestra en principio una pretensión de atribución directa, pues intenta captar la propia perspectiva del sujeto en cuestión, su propio mundo mental (y se asemeja en este sentido a lo que se conoce como atribución *de dicto*). Los recursos conceptuales usados en la propia atribución deben ser en este caso los mismos que posee el agente al que se atribuyen los pensamientos. De modo que las condiciones de corrección resultan muy exigentes, especialmente si le damos crédito a alguna variante del “holismo” conceptual, según el cual las condiciones de identidad de los conceptos atribuidos dependen (al menos en gran parte) de otros conceptos que también deberíamos atribuir (Davidson 1982).

En el caso de los animales no humanos resulta muy difícil constatar una igualdad (o al menos similitud) entre sus recursos conceptuales y los nuestros. Las evidencias para inferir las capacidades conceptuales en ausencia de lenguaje resultan comparativamente pobres, pues se restringen a su conducta no verbal. De este modo, en aras de la argumentación, concederé que resulta poco probable que un agente no lingüístico posea una red conceptual equivalente a las que poseen los hablantes de una lengua natural, de modo que la pretensión de una atribución *directa* resultaría poco aplicable en este terreno.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> Aunque no seguiré aquí esta línea de argumentación, favorable a pensar que podemos compartir conceptos con animales sin lenguaje, todo depende de cómo entendamos las exigencias del holismo conceptual. Así, si es suficiente con la posesión de una acotada red conceptual ligada con el entorno, y si esta red conceptual se asemeja a la nuestra en algún punto, podríamos

### III.3. *Describir* pensamientos (atribución indirecta)

Consideremos las siguientes oraciones: “Los arrendajos creen que los gusanos están frescos; los arrendajos prefieren alimentarse de gusanos antes que de nueces”. Se trata de intentos por aprehender el pensamiento pero no necesariamente de manera *directa*. Para casos como estos, que son bastante usuales, propongo hablar de atribuciones “indirectas”, que pueden analizarse en momentos diferentes (en un sentido “lógico” más que temporal). En un primer momento, se describe y determina un contenido, y en un segundo momento se atribuye el contenido anteriormente delimitado. En tal medida, no se atribuyen los conceptos utilizados en la atribución; nuestra pretensión es atribuir un contenido que *antes* (en un sentido analítico) hemos determinado mediante nuestros propios recursos conceptuales.

Si bien mi distinción introduce un vocabulario técnico, pienso que refleja en cierta medida las prácticas lingüísticas, en las que no juzgamos las atribuciones como si fueran parte exacta del contenido mental del sujeto en cuestión. Por otro lado, podemos expresar esta pretensión indirecta mediante formulaciones *de re* como esta: “En relación con estos gusanos, el arrendajo cree que están frescos”. Pero tampoco puede excluirse la posibilidad de formular *de dicto* una pretensión indirecta: “El perro cree que el jefe del banco ha llegado” no pretende captar de manera directa el contenido mental del perro, quien no dispone del concepto de una institución como el banco. Pero sí pretende delimitar un contenido, presumiblemente frente a una audiencia que sí dispone de los conceptos necesarios; y el contenido resultante, que identifica a una persona que es el dueño del perro, sí es atribuible al animal.

En este caso, nuestros propios conceptos son un medio para delimitar un contenido que podría captar el contenido del pensamiento ajeno. Las condiciones de corrección de la atribución no resultan demasiado exigentes en el primer momento, pues no asumimos de entrada que el agente tiene los mismos conceptos y pensamientos que nosotros estamos describiendo. Tan sólo formulamos hipótesis que admiten un cierto grado de indeterminación, como sucede usualmente entre personas en situaciones cotidianas.

---

aceptar algunos “mejores casos” para los animales sin lenguaje. Pensemos en un perro de caza que ayuda a su dueño a perseguir una presa. Es de presumir que en el contexto de esta actividad colaborativa, hombre y animal compartan una serie de pensamientos bastante precisos que les permiten llevar a buen término su empresa.

La conducta no verbal recupera entonces un papel preponderante. En efecto, cuando se intenta atribuir de manera directa una creencia o pensamiento, hay que estar en condiciones de justificar la atribución, ya sea epistemológicamente (el agente tiene que poder expresarnos lo que piensa con las mismas palabras que nosotros hemos utilizado) o de modo semántico-ontológico (asumiendo la existencia de nuestra misma red conceptual en el sujeto de atribución). En todo caso, resulta central la posesión de una fuente de evidencias tan rica como la de un hablante.

En contraste con esto, la pobreza de evidencias en la atribución indirecta de pensamientos a animales sin lenguaje puede resultar compensada por la investigación etológica a mediano y largo plazo. Hasta que no se llegue a resultados concluyentes, se ofrecerán descripciones falibles de las capacidades cognitivas. Recordemos que si bien la etología se ocupa de investigar capacidades cognitivas y no de atribuir pensamientos a las criaturas estudiadas, las capacidades atribuidas suponen que es posible atribuir pensamientos.

En tanto no atribuyamos nuestros propios conceptos, creencias y palabras, resulta legítimo usar todos los recursos de nuestro lenguaje. Así, podemos utilizar conceptos más específicos que aquellos pertenecientes a la red de creencias que estamos intentado aprehender y reconstruir. En el primero de los momentos de esta atribución estamos describiendo un contenido mental, para lo cual resulta provechosa toda la flexibilidad semántica, la productividad y el grano fino de nuestra lengua natural.

Me detendré, para terminar esta sección, en tres tipos cuestiones relacionadas con la atribución indirecta: (a) la especificación de pensamientos mediante recursos conceptuales más ricos que los contenidos descritos; (b) la formación de teorías sobre la posesión de conceptos y creencias; (c) la interacción entre la teoría y la evidencia.

(a) Como vimos, autores como Dennett han argumentado que el hecho de que las lenguas naturales son capaces de realizar distinciones semánticas de grano fino dificulta la aprehensión de contenidos semánticos de grano más grueso. Pero no se ha considerado que esta propiedad de las lenguas naturales les permite también un grado mayor de plasticidad semántica, que sí resulta favorable para captar contenidos pertenecientes a una red semántica diferente o más simple, o de conceptos y creencias de contornos más “gruesos”. En este sentido, Allen propone lo siguiente: “(...) podría ser posible especificar la eliminación y adición de nexos con conceptos específicos (...) y terminar con un concepto que se corresponde con

el del perro” (Allen 1992: 544). Según esto, podemos construir con los propios medios conceptuales una red conceptual que no es exactamente igual a la nuestra.

Como parte de lo que he denominado atribución indirecta, la especificación de los pensamientos que vamos a atribuir puede consistir en una descripción compleja y falible, realizada en el marco de una lengua natural, de pensamientos relativamente sencillos, que recién en una instancia subsiguiente son atribuidos a la criatura. Tanto en animales no humanos como en humanos, podemos realizar una indefinida cantidad de especificaciones que no siempre necesitamos explicitar en todos sus detalles y conexiones con otras creencias y conceptos. Si bien puede aclararse que aves como los arrendajos no poseen nuestros mismos conceptos de “crudo” y “cocido”, al atribuir pensamientos a estas aves “desconectamos” de manera implícita e intuitiva las redes conceptuales humanas que estas aves no podrían poseer por ser extrañas al mundo mental descrito, o demasiado finas, específicas y pertenecientes a redes conceptuales más complejas (que por ejemplo conectan “crudo” con sistemas de cocción, propiedades químicas de los alimentos, etc.). Como consecuencia, y tal como leemos o inferimos de las investigaciones sobre las capacidades mnemotécnicas de los arrendajos, la atribución “El arrendajo piensa que los gusanos están frescos” resulta una buena aproximación a sus creencias, tanto como “Pedro cree que el queso está fresco”.

(b) Las diversas teorías sobre pensamiento conceptual pueden cumplir un papel relevante en la descripción del pensamiento que vamos a atribuir. Así, puede hacerse una distinción teórica entre la posesión plena y la posesión parcial de un concepto determinado. Siguiendo la idea de una división del trabajo conceptual propuesta por Putnam (1975), alguien puede poseer una capacidad conceptual completa (en tanto posee habilidad clasificatoria e inferencial para tratar con conceptos en general) sin la posesión de determinados conceptos específicos.

De modo análogo, dentro del conjunto de los animales no humanos que cumplan con criterios aceptables para la atribución de pensamiento conceptual (cf. sección segunda), es de esperar que muchos de ellos no posean de manera completa los conceptos que podemos atribuirles. Luego de haber propuesto una teoría sobre el pensamiento conceptual, le corresponde a la investigación empírica determinar si las criaturas estudiadas poseen una capacidad conceptual completa —por ejemplo, si pueden clasificar o inferir—, cómo está conformada su red conceptual —en relación con su forma de vida y entorno—, qué conceptos particulares es lícito atribuirles y en qué grado de desarrollo. En principio, la descripción teórica de estas capacidades y contenidos conceptuales puede realizarse en el marco de una lengua natural.

(c) En último lugar, esta descripción del modo en que se desarrolla la atribución indirecta debe hacer un lugar a la relación entre teoría y evidencia. En tal sentido, Andrews propone lo siguiente: “Usando el método de calibración, empezamos con una teoría sobre la naturaleza de alguna propiedad mental, luego usamos esa teoría para hacer un juicio razonado acerca de si cierto animal tiene esa propiedad, y usamos ese juicio para investigar empíricamente la propiedad. Los resultados de la investigación pueden hacernos retocar nuestra teoría, nuestro juicio razonado, o ambos” (Andrews 2015: 22). La atribución de pensamientos a los animales no humanos se desarrolla, a mi modo de ver, de modo similar a esta “calibración” entre teoría y evidencia. Así, es posible proponer criterios teóricos para la atribución de pensamiento conceptual (como intenté hacerlo en la segunda sección de este trabajo), lo cual permite entonces analizar la información empírica sobre diversas criaturas que podrían satisfacer esos criterios. Finalmente, la teoría misma puede ser modificada o incluso puesta en tela de juicio en base a la información que proviene de diversas líneas etológicas de investigación.

#### IV. CONSIDERACIONES FINALES

La inmensa diversidad de los sistemas cognitivos no humanos requiere de teorías también diversas y en algunos casos “gradualistas” sobre la cognición y el pensamiento allí involucrados. Para la tarea de comprender esa diversidad desde una perspectiva tanto filosófica como científica, existe sin embargo un elemento imprescindible, el lenguaje natural.

Una vez que hemos aceptado estas premisas, comienzan las dificultades filosóficas. En este trabajo he intentado debilitar algunas de ellas, referidas a la imposibilidad de expresar en palabras el pensamiento animal. He intentado mostrar que no existen dificultades insuperables o fundadas en objeciones concluyentes. Mi punto de partida en la primera sección fueron los programas de investigación en cognición animal, donde es posible —sostuve— pensar en un progreso en la adquisición del conocimiento consensuado por la comunidad de investigadores, algo que ilustré haciendo mención a los estudios sobre memoria episódica en arrendajos. Sabemos cada vez más sobre las capacidades cognitivas de algunas especies no humanas, y en muchos casos esto supone que podemos atribuir legítimamente determinados pensamientos a esas criaturas.

En la segunda sección, discutí dos objeciones filosóficas a la posibilidad de expresar en palabras el pensamiento animal así obtenido. En primer lugar, intenté mostrar que la dificultad para captar pensamientos extraños o ajenos es propia de

toda empresa hermenéutica, y que no existen reparos de principio para reconstruir el pensamiento de una especie animal no humana. En segundo lugar, frente a la tesis de que este pensamiento tendría una naturaleza exclusivamente no conceptual, sostuve —abrevando en la literatura correspondiente— que es posible proponer criterios sensatos para la atribución de conceptos a los animales sin lenguaje (concediendo las dificultades para captar en palabras el pensamiento no conceptual, aunque sin desarrollar esa discusión).

En la última sección me dediqué a una importante objeción filosófica, según la cual nuestro lenguaje natural trae consigo una red conceptual muy rica que distorsionará inevitablemente, al intentar interpretarlos, los pensamientos pertenecientes a un sistema cognitivo comparativamente más pobre. Para afrontar esta objeción *prima facie* correcta, elaboré la distinción dennettiana entre expresar y describir un pensamiento, que no ha sido tratada sistemáticamente en la literatura. Mientras que la idea de expresar de manera directa el pensamiento animal tal cual es se enfrenta de hecho a la objeción mencionada, la posibilidad de describir con los recursos de nuestra lengua natural el pensamiento ajeno no debería sucumbir a la misma. En una atribución indirecta, se describe con palabras un contenido de pensamiento que, en una segunda instancia, es atribuido al agente en cuestión.

En términos generales, mi propósito ha sido mostrar que se puede trabajar productivamente en la tradición filosófica que defiende la posibilidad de especificar en palabras pensamientos ajenos, en este caso pensamientos de otras especies animales, lo cual resulta compatible con las líneas de investigación en etología actualmente en pleno desarrollo.

Andrés Crelier

Universidad Nacional de Mar del Plata / CONICET (Argentina)

andrescrelier@gmail.com

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDREWS, K. (2015): *The Animal Mind: An Introduction to the Philosophy of Animal Cognition*, Routledge.
- ALLEN, C. (1992): "Mental content". *The British Journal for the Philosophy of Science*, 43(4), pp. 537-553.
- ALLEN, C. (1999): "Animal concepts revisited: The use of self-monitoring as an empirical approach", *Erkenntnis*, 61, pp. 33-40.
- ALLEN, C. y HAUSER, M. D. (1991): "Concept attribution in nonhuman animals: Theoretical and methodological problems in ascribing complex mental processes", *Philosophy of Science*, 58(2), pp. 221-240.

- ANDREWS, K. y BECK, J. (Eds.) (2018): *The Routledge handbook of philosophy of animal minds*, Taylor & Francis.
- BECK, J. (2012): “Do Animals Engage in Conceptual Thought?”, *Philosophy Compass*, 7, pp. 218-229.
- BECK, J. (2013): “Why We Can’t Say What Animals Think”, *Philosophical Psychology*, 26 (4), pp. 520-546.
- BERMÚDEZ, J. L. (2003): *Thinking without words*, Oxford University Press.
- BURGE, T. (2010): *Origins of Objectivity*, Oxford: Clarendon Press.
- CAREY, S. (2009): *The origin of concepts*, Oxford University Press.
- CLAYTON, N. y DICKINSON, A. (1998): “Episodic-Like Memory during Cache Recovery by Scrub Jays”, *Nature* 395, pp. 272-4.
- CLAYTON, EMERY y DICKINSON (2006): “The Rationality of Animal Memory: Complex Caching Strategies of Western Scrub Jays”, en: Hurley y Nudds (Eds.): *Rational Animals?*, Oxford: Oxford University Press, 2006, pp. 197-216.
- CRANE, T. (2001): *Elements of Mind. An Introduction to the Philosophy of Mind*, Oxford University Press.
- DAVIDSON, D. (1982): “Rational animals”, *Dialectica*, 36(4), pp. 317-327.
- DENNETT, D. (1996): *Kinds of Minds*, Basic Books, New York.
- EACOTT, M. J. y EASTON, A. (2012): “Remembering the past and thinking about the future: Is it really about time?”. *Learning and Motivation*, 43(4), 200-208.
- GLOCK, H. J. (2003): *Quine and Davidson on language, thought and reality*, Cambridge University Press.
- GLOCK, H. J. (2010): “What are Concepts?”. *Conceptus*, 39 (96), pp. 7-39. (Traducción al español: “¿Qué son los conceptos?”, en: Aguilera, Danón y Scotto, *Conceptos, lenguaje y cognición*, Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), 2015, pp. 47-88.)
- HOERL, Ch. y MCCORMACK, T. (2018): “Animal Minds in Time. The question of episodic memory”, en: Andrews y Beck (Eds.), *The Routledge handbook of philosophy of animal minds*, Taylor & Francis, pp. 56-64.
- KNOLL, A. y REY, G. (2018): “Anthropoid intentionality?”, en: Andrews y Beck (Eds.), *The Routledge handbook of philosophy of animal minds*, Taylor & Francis, pp. 13-24.
- LOGAN, C. J. (2014): “Making progress in non-human mental time travel”, *Frontiers in psychology*, 5, p. 305.
- MARGOLIS, E. y LAURENCE, S. (eds.) (1999), *Concepts: Core Readings*, Cambridge, MA: MIT Press.
- NEWEN, A. y BARTELS, A. (2007): “Animal minds and the possession of concepts”, *Philosophical Psychology*, 20(3), pp. 283-308.
- PEACOCKE, C. (1992): *A study of concepts*, The MIT Press.
- PUTNAM, H. (1975): “The meaning of ‘meaning’”, en: Gunderson, K. (ed.), *Language. Mind and Knowledge*, University of Minnesota.
- QUINE, W. (2013 (1960)): *Word and Object*, The MIT Press.

- SCARF, D., SMITH, C. y STUART, M. (2014): "A spoon full of studies helps the comparison go down: a comparative analysis of Tulving's spoon test", *Frontiers in psychology*, 5, p. 893.
- STICH, S. P. (1979): "Do animals have beliefs?", *Australasian Journal of Philosophy*, 57(1), pp. 15-28.
- STICH, S. P. (1983): *From folk psychology to cognitive science: The case against belief*, The MIT press.
- SUDDENDORF, T. (2013): "Mental time travel: continuities and discontinuities", *Trends in cognitive sciences*, 17(4), pp. 151-152.
- TEMPLER, V. L. y HAMPTON, R. R. (2013): "Episodic memory in nonhuman animals", *Current Biology*, 23(17), pp. 801-806.
- WATANABE, A., GRODZINSKI, U. y CLAYTON, N. S. (2014): "Western scrub-jays allocate longer observation time to more valuable information", *Animal cognition* 17(4), pp. 859-867.
- WILD, M. (2019 (2010)): *Tierphilosophie zur Einführung*, Hamburg: Junius.